



Recordar a Monseñor Romero

PEDRO TRIGO

Recordar

El 24 de marzo se cumplen veinte años del asesinato de monseñor Romero. Escribimos sobre él, ante todo, porque nos hace bien recordarlo: Repasar su vida y releer sus escritos tonifica, vigoriza, impulsa a salir de nosotros y a ponernos a la altura de la realidad desde nuestra condición de creyentes. Además, lo recordamos como compromiso de fidelidad. Pertenecemos a la misma historia, formamos parte del mismo cuerpo; él es hermano mayor, pastor y mártir. Nos sigue marcando rumbo y animando a caminar por él. En la misa de clausura de la Asamblea General del Episcopado latinoamericano en Puebla, presidida por el Papa recién elegido, salieron muchos obispos a dar la comunión. Regresaba monseñor Romero y yo me le acerqué diciéndole que quería comulgar con Jesús y con él. El me dio a Jesús y me dio un abrazo de comunión.

Escribo, pues, con gratitud. Y para decir con sencillez a tantos que han venido después o que por las distorsiones de aquellos años no apreciaron su figura, que no se priven de un alimento tan sólido, tan cálido, tan reconfortante. Que lean los ocho tomos de sus homilias (que las escuchan, si es posible), su diario espiritual, sus cuatro cartas pastorales, sus discursos y las vidas que sobre él se han escrito. Allí encontrarán a un ser humano vivo, palpitante, a un hombre de Dios, a una voz que les llamará a ponerse en camino y que les dará luces e impulsos para no perder el rumbo.

El personaje que sale a la escena

Quiero partir de su condición humana: de su aspecto tosco de campesino tímido, de su piedad, siempre en aumento, de su honda fe, de su preparación seria, aunque no fue un alumno brillante, de su fidelidad a la institución eclesiástica y a sus directrices, de la opinión que se tenía de él como doctrinalmente seguro e instintivamente receloso de novedades. Éste es el hombre que asoma a la escena nacional al ser elegido arzobispo de San Salvador en una coyuntura crecientemente conflictiva. Su antecesor, monseñor Chávez, había apoyado a quienes pedían cambios en la línea de renovación eclesial y justicia social. La elección de Romero en vez de Rivera fue vista como la apuesta del Vaticano por el orden establecido para no poner en peligro el status de privilegio de la institución eclesiástica.

Asumir la realidad como pastor

El 22 de febrero de 1977 toma posesión de la arquidiócesis. En la primera reunión del clero se presentó con toda humildad y pidió ayuda para enfrentar el reto de la hora con fidelidad. Este gesto revelaba lo que sería la fuente de su grandeza: su determinación deliberada de asumir la realidad desde su condición de pastor, es decir, su decisión de no restringirse a administrar una institución desde la institucionalización vigente, sino de ponerse a la altura de la situación para realizar en ella la voluntad de Dios, la misión de proclamar el Reino y de

actuarlo con la fuerza del Espíritu. Esta voluntad resuelta de estar en la realidad, porque en ella se realiza la salvación, es el hilo conductor que lo fue llevando hasta el mismo corazón de la historia salvadoreña y que en ella lo convirtió en heraldo de Jesucristo, en su sacramento para el pueblo y, por eso, en bandera discutida, hasta participar de su mismo destino. Como dice sentidamente Jon Sobrino: "él era el que iba delante de nosotros. Se fue convirtiendo en punto de referencia de la Iglesia y del país".

Esa decisión de asumir pastoralmente la situación la fue teorizando luego con gran profundidad y coherencia, haciendo ver que en la única historia se da la gracia y el pecado y que es en ella, y no al margen de ella, donde se realiza la salvación. Él asumió instintivamente que la realidad sólo se abre a la comprensión desde dentro, comprometiéndose con ella y que, cristianamente hablando, la luz es la luz de la vida (Jn 8,12), es decir, la que va dando de sí la vida vivida desde la perspectiva que nos trazó Jesús de Nazaret (Jn 1,4). La luz, la comprensión desde una neutralidad aséptica, si es que eso es posible, no da vida; y el sentido que da una vida desde una perspectiva contraria a la de Jesús no es luz de vida sino tinieblas que acarrean mentira, esclavitud y muerte. Esto lo fue viendo Monseñor a medida que fue dando pasos, es decir, tomando decisiones, en medio de una gran inseguridad personal y un gran temor a equivocarse y una aguda percepción de que su visión institucionalista era radicalmente insuficiente para captar la complejidad de la realidad y para situarse en ella.

Por eso, la verdad de la decisión de entrar al corazón de la situación desde la perspectiva de Jesús se probó en su petición de ayuda, en su apertura a su clero, a las asociaciones apostólicas, al pueblo, a los expertos e incluso a los que parecían sus enemigos. Expresiones como "buscar entre todos la verdad", "ayúdenme", "dialoguémoslo", que aparecen constantemente en su boca, caracterizan este talante suyo fundamentalmente respectivo y dialógico. Él escuchaba a todos porque no era el portavoz de una institución que actúa desde sus propios intereses, sino el pastor de todos desde la trascendencia de Dios

y el camino de Jesús que pasa por el privilegio de los pobres.

Lo recordamos en Puebla sentado al borde de una silla con una libretita preguntando, escuchando y anotando, incansablemente. Sus homilias recogen tantos testimonios sopesados y cribados que, a pesar de tener tantos enemigos al acecho, jamás lo pudieron sorprender en una información falsa. Él no fue un entusiasta, es decir, alguien que se mueve sólo a su ritmo interior porque cree tener incorporado a Dios, sino un oyente de la Palabra, deseoso siempre de trascender, escuchando a Dios en la oración, en los acontecimientos y las personas. "Yo tengo (decía) que escuchar qué dice el Espíritu por medio de su pueblo; y entonces, sí, recibir del pueblo y analizarlo y junto con el pueblo hacerlo construcción de la Iglesia".

La luz que arroja una muerte

El primer acontecimiento que como arzobispo tuvo que escuchar y que lo sacudió hasta los tuétanos, fue el asesinato del padre Rutilio Grande. Este jesuita era amigo suyo desde el seminario. Monseñor no estaba de acuerdo con su línea pastoral, pero lo respetaba grandemente como cristiano y lo quería como amigo. Ante su cadáver, ante el pueblo que lo lloraba, ante los infundios que propalaron los autores intelectuales del asesinato y sus cómplices y ante los sacerdotes y comunidades de base que se solidarizaron con este mártir de la justicia que brota de la fe, Monseñor comprendió vivencialmente que el asesinato no fue un error ni un abuso, sino la lógica infernal de una situación de pecado. Y, entonces, decidió tomar partido y hablar claro. Su determinación de que el domingo hubiera una única misa en toda la diócesis, la que él con su presbiterio celebraría en la catedral, y el compromiso de no asistir a ningún acto oficial hasta que no se hiciera justicia, fue el punto de partida de un viraje sin retorno. En adelante ya todos supieron a qué atenerse.

Toma de posición para salvar

Esta toma de posición, encarnada en la carne y sangre de la historia salvadoreña, nunca fue partidista, sino

nítidamente trascendente. Él se comprometió "porque la Iglesia siente que ése es su ministerio: defender la imagen de Dios en el hombre". Por eso, ante todo, se puso del lado de aquellos en los que esa imagen estaba escarificada: los pobres. Él juzgó los planes del gobierno y los diversos proyectos políticos y económicos "según les vaya a ellos, al pueblo pobre". El criterio de discernimiento de la Iglesia fue "apoyar aquello que beneficie al pobre, así como también denunciar todo aquello que sea un mal para el pueblo".

Pero la denuncia al gobierno, a las asociaciones empresariales, a la oligarquía y a los militares, siempre iba seguida de un sincero llamamiento a la conversión. Nunca los dejó por imposibles, nunca dejó de rogarles en nombre de Dios. Incluso, las denuncias y amenazas eran un modo de demostrarles su respeto, es decir, que no se resignaba a su endurecimiento, que quería lealmente su salvación. Él era consciente de que no les pedía sólo sacrificios: era portador para ellos de una buena noticia. "No se han encontrado con Dios (decía a estos opresores que se tenían por católicos) y por eso no han encontrado su verdadera grandeza". Por eso hacía "un llamamiento a la oligarquía (...) para ser felices". Su insistencia machacona de que cerrarse a las necesidades del pueblo y a contribuir al desarrollo humano del país por absolutizar sus ganancias los deshumanizaba, era así un acto de amor a ellos y de solicitud por su verdadera dicha y salvación, y no sólo el reclamo de un abogado del pueblo.

Quiero insistir en que lo que lleva siempre la voz cantante en toda su actuación es la convicción de que la voluntad de Dios es salvar y, que por eso, siempre existe salida, aunque sea dolorosa e implique cambios drásticos. Nunca se rindió al desaliento. Siempre predicó la esperanza. Ciertamente la esperanza definitiva en que el que tiene la última palabra en la historia es Dios y esa palabra en Jesús es un sí a la humanidad; pero, fundada en ella, esperanza también en que en toda situación cabe encontrar una solución sin sacrificar a la otra parte, de tal modo que a la larga todos salgan ganando.

Las homilias: condensación y símbolo

Toda la vida del país y de la arquidiócesis, toda su actividad y todos los resortes de su personalidad cristalizan en sus homilias. De lo que yo conozco, tengo que decir que habría que remontarse hasta San Juan Crisóstomo para encontrar un orador sagrado tan completo. Sus homilias están grabadas. Escucharlas es percibir su pulso vivo, su capacidad de dar palabra a la realidad y hacerla presente, su peso, es decir, su santidad. La diferencia con Crisóstomo es que las homilias de Romero tienen como destinatario al pueblo pobre y desde él a los demás. Por eso no son literarias, en el sentido de retórica escrita, sino plenamente orales, o sea en el registro de la cotidianidad; aunque de gran calidad debido a su fuerza expresiva.

La estructura de sus homilias comprende dos partes: La primera, está centrada en la escucha de la Palabra, una escucha expresamente situada; la segunda, es la exposición de lo acontecido esa semana, tanto en la Iglesia como en el país, a la luz de la Palabra. Esta correlación entre Palabra y realidad histórica en la que la escucha situada de la Palabra tiene la primacía, expresa la estructura teologal de su propia vida y de su ministerio: Fue la obediencia trascendente a la Palabra la que lo llevó al compromiso con la situación, desde que escuchó mucho más nítidamente esa palabra. Es, pues, un círculo hermenéutico. Pero para él la trascendencia, encarnada, pero trascendencia en fin, fue lo que llevó la voz cantante. Por eso, Monseñor pudo ser caracterizado como una buena noticia de Dios para el pueblo salvadoreño y para la Iglesia que lo acompañó.

Es cierto que la libertad que fue adquiriendo y que se convirtió en presencia y auténtico señorío provenía de tener sólo a Dios por Señor, de estar realmente en sus manos. Y por eso, por saber que nadie ni nada podría separarlo de él, podía estar por encima de amenazas, halagos y coacciones. Pero esta libertad se llenó de contenido al ser portador de la misericordia de Dios. El entrañable amor a su pueblo, correspondido con gran cariño por él, al colmarlo, lo liberaba de otros compromisos y tentaciones, incluso al de rendirse a las presiones que

provenían de la mera lógica eclesial. En este sentido, si es cierto que Monseñor cargó con su pueblo, también lo es que se sintió llevado por él. En resumen, fue una persona fiel a Dios y, desde esa fe, fiel al pueblo sufriente.

La primacía de la trascendencia en la estructura de sus homilias actúa en ellas abriendo la situación, no consintiendo en que la acumulación de hechos angustiantes desembocara en la hipnosis del fetiche, es decir, de quedar preso del terror y abatimiento que produce. En ella está, pues, la fuente del buen espíritu, del ánimo, incluso de la serenidad que irradian. Tiene conciencia de la importancia histórica de lo que se debate; pero, al estar en manos de Dios, nunca pierde de vista la perspectiva de la cotidianidad, ni en su lenguaje, ni en la multitud de hechos menudos que evoca. Siempre recoge todo lo positivo que en medio de la violencia sigue desarrollándose: ese flujo de la vida de los pobres, de las asociaciones, de las instituciones pastorales. Incluso el tono con que recrimina al gobierno, a la policía, a la oligarquía o al ejército, mantiene siempre esos matices de cotidianidad que expresan la voluntad inmovible de mantener un ámbito común que sirva de puente, de tal modo que la palabra no suene del otro lado.

Romero para hoy

Es cierto que las circunstancias son distintas. La violencia social latente es tan fiera como la guerra política de entonces. La causa es la misma: la opresión, y sobre todo, la exclusión de las grandes mayorías; el desprecio y la insensibilidad de los que saben y tienen, el embarcarse en proyectos en los que sobra la mayoría de la humanidad. Sólo un anclaje en Dios tan robusto como el de Monseñor, sólo un corazón tan cristiano y, por tanto, tan lleno de misericordia como el suyo es capaz de levantar al pueblo abatido, de darle ánimo, de llevarlo a que se respete y se haga respetar. Sólo esa voz de la verdad es capaz de despertar conciencias dormidas y sumar esfuerzos en una dirección alternativa, es decir, creativa y solidaria, asumiendo por supuesto los bienes civilizatorios y culturales de esta época. Para eso traemos el recuerdo de Monseñor.

PEDRO TRIGO
Jesuita, Teólogo,
Director del Centro Gumilla.

